

VIOLENCIA, ADOLESCENCIA Y PÉRDIDA: EL ANCLAJE DE LA PULSIÓN DE MUERTE EN LA COMPULSIÓN A LA REPETICIÓN

Margarita Patiño Correa¹

Si la existencia no fuese dolorosa, nadie la disfrutaría.

Anónimo.

RESUMEN

En este trabajo se presenta un análisis que gira en torno a la situación actual preocupante que atraviesa México y en especial el estado de Michoacán (que es el blanco en el que tiene inicio la “Guerra contra el narcotráfico”) caracterizado por la violencia como un modo de relación que se ha venido normando. Modo de relación violenta, cruel, terrorífica y angustiada en la que muchos adolescentes se han insertado activamente a título de lo que el ex-Presidente Felipe Calderón denomina “víctimas colaterales” desembocando en el ejercicio de la violencia extrema y muerte de muchos adolescentes. La Historia de la adolescencia en esta “guerra contra el narcotráfico” surge en el escenario de la matanza. El adolescente es reclutado, invitado o seducido al mundo del narcotráfico para cumplir la función del “Sicario”. Un matón asalariado que personifica al mensajero de la muerte y que en sus prácticas de violencia extrema muestra, con su modo de matar, eso que viene desde el orden de la pulsión mortífera. Ante esta situación de la realidad es necesario abrir un espacio para cuestionar ¿qué es la muerte para el adolescente?, ¿por qué el adolescente ha sido presa fácil del narcotráfico?, ¿qué motiva al adolescente a la ejecución de la orden de matar a otro ser humano con ensaña y crueldad?, ¿por qué el adolescente no detenta una postura ética en su vida?, ¿qué se preserva, en el psiquismo,

¹ Patiño Correa Margarita. Mtra. en Psicología de la Educación con Perspectiva Psicoanalítica. Profesora de la Facultad de Psicología de la unidad académica en el Campus Bicentenario Miguel Hidalgo. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Contacto: lu_margarita27@hotmail.com

con el acto de la muerte repetitiva y constante que ejecuta el adolescente sicario?, la cuestión cultural que expresa el mexicano entorno a la idea de la muerte ¿será algo que ha permeado hasta la adolescencia para que el sujeto se asuma el mensajero de la muerte?

Palabras clave: adolescencia, muerte, crueldad, compulsión a la repetición y ética.

La muerte como una condición de la vida en cultura

Freud decía “si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte” (1915: 301). Con la muerte se implica la caducidad de la vida, toda vida tiene como garantía necesaria a la muerte. No hay vida sin muerte. La muerte es el amo absoluto, el único del que no ha podido escapar el hombre. Y como amo absoluto detenta un más allá, que es desconocido y que es temido. Pero también está bordeada de un más acá, que en la antesala de la muerte, hierve de dolor y sufrimiento y que al final también causa angustia. Considerando que la angustia es un estado de tensión psíquica en la que el sujeto teme ante algo que desconoce, teme a aquello que no tiene en la conciencia.

La muerte aunque es una certeza en sí misma, guarda un más allá que es desconocido y un más acá de ella que también lo es, así como es desconocido es angustiante. Todo ser humano va a morir esa es una certeza, el asunto angustiante deviene en que no se sabe cuándo ni se sabe cómo. El momento de la muerte es un breve instante efímero que cautiva al sujeto y lo seduce atormentándolo con su antes y su después. La muerte en sí misma sin su más acá y sin su más allá es simple, banal, lo que la hace temida y amada es la presencia de ese estado previo en el que el cuerpo pueda verse sometido a dolor o sufrimiento y el estado posterior en que la conciencia de sí, el cuerpo, el recuerdo y el propio ser pasen a su negativo y rayen en la ausencia. Es decir, lo que angustia de la muerte es el olvido en el que el sujeto pueda caer sin posibilidades de trascendencia.

De quien se enfrenta a la muerte en su estado previo vivencia la imponentia y la impotencia del sufrimiento: “voy a morir lo sé” es la certeza más tranquilizadora que deviene en angustian ante su quebrantamiento: “voy a morir lo sé... pero no sé cómo”.

Preguntarse por el cómo morir es el punto de anclaje que puede despertar la angustia para el sujeto que piensa y que habla la muerte, su muerte. Cuestionarse sobre la propia muerte, tener conciencia de ella, puede abrir un camino que conduzca al sujeto a una *Ética*, en la que “viva conforme al *Deseo que lo habita*” (Lacan, 1960) porque la muerte le aguarda. Y desde este pensar se pueden vislumbrar por lo menos dos acepciones sobre la muerte.

Una muerte carnal, corpórea que viene cuando el cuerpo se presenta como falto de sus funciones vitales ante una herida mortal o ante una enfermedad. Se puede pensar que la muerte corporal enviste al sujeto en el plano de lo *Real* en ese plano en el que Lacan justo ubica todo aquello que escapa a la palabra y a la imagen, la cosa en sí. La muerte corporal se puede ubicar en este plano de lo *Real* pues ante la muerte del cuerpo el sujeto queda inerte y nada se puede hacer. Esta es condición de la naturaleza biológica del cuerpo mismo.

Una segunda acepción sobre la muerte es la muerte simbólica que deviene justo cuando el sujeto, su nombre, sus acciones son depositadas en la región del olvido desapareciendo del mundo, que dicho sea de paso, es un mundo de palabras. Esta muerte es la más temida pero también es la muerte sobre la que el sujeto en vida puede hacer algo. Aunque por lo menos en las tres generaciones posteriores al difunto será recordado. Es decir, el nombre, los recuerdos, la historia del difunto puede ser recordada por la familia del difunto hasta por tres o cuatro generaciones posteriores. Ante la posible muerte simbólica el sujeto si puede hacer, pues se considera que la vida, y las obras que se cumplan con su vida pueden ser ejemplo para que nunca devenga una muerte simbólica y los recuerdos del difunto vivan en la memoria colectiva de las sociedades.

La muerte un amo cultural por excelencia

En 1915, Freud establece “nuestra actitud hacia la muerte”. Considerando que se tenía una actitud no sincera hacia la muerte en la que era pensada la muerte como inherente a la naturaleza humana debido a la fragilidad y vulnerabilidad del humano ante las fuerzas de la naturaleza, “la muerte es el desenlace necesario de toda vida, cada uno de nosotros debía a la naturaleza una muerte y tenía que estar preparado para saldar esa deuda” (p.

290). Al no ser concebible, la muerte rompe con esa condición natural y se vuelve un asunto meramente cultural. Y argumenta Freud “hemos manifestado la inequívoca tendencia a hacer a un lado la muerte, a eliminarla de la vida. Hemos intentado matarla con el silencio” (p. 290). Este alejamiento de la muerte en general, no se puede advertir en la cultura mexicana en donde la muerte es una condición de festividad.

El mexicano culturalmente (por las tradiciones y costumbres) muestra una forma muy particular de relacionarse con la muerte de manera festiva. El día 1 y 2 de noviembre festeja el día de los muertos. De la muerte se ríe elaborando “calaveritas” sonetos y poesía que habla sobre la muerte en un tono humorístico y burlesco, elabora banquetes y festines para comer con la muerte, conviviendo con ella. La vida en el folklore mexicano puede llegar a ser algo que se desprecia y la muerte como algo que se enaltece y como ejemplo está la canción popular del canta-autor José Alfredo Jiménez (1955) titulada “Caminos de Guanajuato” que dice: “no vale nada la vida, la vida no vale nada, comienza siempre llorando y así llorando se acaba, por eso es que en este mundo la vida no vale nada”.

Aquí cabe cuestionar si esta condición muy particular de la cultura mexicana sobre la muerte que se festeja y se sobrevalora por encima de la vida misma ha influido sobre los adolescentes para que se inserten en el mundo de la matanza y firmen con la muerte un pacto y una sentencia que pronto llegará

Desde la mirada Freudiana, la muerte es algo que no se puede concebir, la muerte propia es algo imposible de representar, ahora bien, si la muerte propia es imposible de representar en la conciencia, si el psiquismo no tolera la idea de la muerte propia, ¿por qué el adolescentes se inserta en esta conducta de extremo riesgo en donde la muerte propia le ronda muy de cerca?

Se puede conjeturar que en el mundo de la guerra, la muerte del contrincante garantiza, es la fianza de la preservación de la vida propia y la retirada de la posibilidad de la muerte propia. Además se puede aventurar una respuesta ante esta cuestión si se piensa en el hombre primordial de la historia de la humanidad del que Freud describe “El hombre

primordial era sin duda un ser en extremo apasionado, más cruel y maligno que otros animales. Asesinaba de buena gana” (Freud, 1915: 293).

Ese “hombre primordial” sigue habitando en el interior de cada hombre civilizado, solo que no actúa bajo el precepto de lo mortífero de manera descarada gracias al proceso de civilización que ha venido a ser un intento por normar, por limitar a la pulsión mortífera. Y cabría cuestionar aquí ¿por qué con el adolescente sicario (por ser el centro de nuestra reflexión) este límite se rompe y deja al descubierto su pasión por la muerte? ¿acaso la pulsión es domesticable, domeñable, normada? No. Y es por ello que el adolescente pone en el exterior las manifestaciones de su pulsión mortífera que devienen en el goce de la crueldad sobre el cuerpo del otro ya muerto. Ante la pasión por la muerte del otro, ante el deseo de matar al otro, se establece el imperativo de la prohibición, y si surgió la necesidad de prohibir el matar a otro, es porque “somos del linaje de una serie interminable de generaciones de asesinos que llevaban en la sangre el gusto por matar” (Freud, 1915: 297).

La historia de toda cultura se funda en un asesinato que se da cuando el victimario se deja arrastrar por la pasión, los celos, la ambición y los intereses propios. Cuando considera al otro como un enemigo, como un rival; cuando toma al otro para reducirlo a cosa o medio para alcanzar su finalidad. Ante el acto de matar a otro, el sujeto no se pregunta, no cabe el cuestionamiento, no cabe la duda, pues se deja llevar por el colmen de la certeza que le ofrece la muerte.

Además no hay posibilidad de desplegar un interés por un saber (saber sobre la causa, el motivo o la finalidad de la matanza). Y como ejemplo paradigmático esta el relato bíblico de “Caín y Abel” en el que Caín es mayor que Abel, y ambos hacen una ofrenda a Dios para “agradarlo” pero Dios había mirado con aprecio, con agrado la ofrenda de Abel que eran las primicias de la su cosecha y no miró con el mismo agrado la ofrenda de Caín. “Caín dijo después a su hermano Abel: - Vamos al campo- y como estaban en el campo Caín se lanzó contra su hermano Abel y lo mató. Dios preguntó a Caín: ¿Dónde está tu hermano?- y este respondió –No sé-.” (Caín y Abel, 4: 8-10). Caín sabía dónde estaba su hermano porque él le dio muerte, pero la pregunta de Dios no llega a trastocar, no irrumpe hasta el corazón del hombre en el que habitan las raíces de la violencia. La

muerte del otro es algo que apasiona al sujeto y que no le permite aducir un saber, que por lo tanto no puede ser cuestionada. En este relato se puede pensar que la violencia es el factor decisivo de la historia humana. Pero en tanto historia enarbolada de violencia no se ha historizado llevando al sujeto a la repetición sin- sentido.

“El secuestro, la tortura, el homicidio y la masacre son formas violentas de atacar, destruir o anular al semejante... son actos que se repiten (y) nos aterrorizan, aparecen como una pesadilla obscena que no deja de repetirse” (Cisneros, 2014: 16) ante ello, habrá que mover a la sociedad a cuestionar ¿qué se ha historizado de la memoria colectiva?, ¿qué hechos habrá que recordar?, ¿los asesinatos, la sangre, la impotencia?... es necesario recordar para historizar y dejar de repetir.

Para Cisneros (2014) “los actos más aterradores presentes en la memoria colectiva son los que los medios de comunicación ha difundido” (p. 16) pero que en esa difusión se han difuminado sin ser elaborados ya que solo se está repitiendo algo que no se ha elaborado y se queda en el acto compulsivo de la mera repetición. Por la violencia que ocurrió en el ´68 en contra de los estudiantes, por la violencia con que ahora es enfrentada la población juvenil y adolescente por ejemplo el caso Ayotzinapa (2014) y la misma inserción de los adolescentes en el mundo del narco. Recordar para historizar es una necesidad del mexicano para abandonar la pura repetición.

Adolescencia y muerte: la crueldad como una compulsión a la repetición

En la historia que se ha gestado después de la mitad del siglo XX, México guarda en su memoria colectiva la premisa básica de que *la juventud en este país es des-echable* pues ha sido el blanco de ataques y muertes por parte del gobierno mexicano y de algunos movimientos de violencia. Recordemos el movimiento del ´68 en el que el presidente de entonces Gustavo Díaz Ordaz da la orden directa de tirar a matar en la plaza de Tlatelolco. Del movimiento estudiantil del ´68 a la declaración de la guerra contra el narcotráfico que ordena el ex - Presidente Felipe Calderón a inicios de su sexenio, no hay mucha distancia sobre los efectos que estos actos de violencia crean en la población juvenil de nuestro país.

En aquel momento en el '68 el blanco por eliminar eran los estudiantes, revoltosos, manifestantes y que estaban en contra de la represión del gobierno. Ahora después del 2006 el enemigo del gobierno, el narcotráfico ha reclutado, seducido y atrapado a miles de jóvenes mexicanos que a los menos los ha insertado en una "narco-cultura" de la que pocos han podido escapar bombardeándolos con las imágenes del narco, el ideal que detenta de completud y el imaginario de la imposición de respeto, autoridad y poder que rodea a la figura del narco. A la gran mayoría de jóvenes los ha convencido de "trabajar" para él a cambio de la vida propia, firmando su sentencia de muerte.

Gran cantidad de adolescentes se han insertado en el mundo del narco, a lo largo del territorio mexicano, contratados para la matanza. Fungiendo el rol del sicario: un matón asalariado que personifica al mensajero de la muerte y que en sus prácticas de violencia extrema muestra, con su modo de matar, eso que viene desde el orden de la pulsión mortífera. "Sicario" es una persona que mata a alguien por encargo de otro. Según la RAE "Sicario" proviene del latín *sicarium* que se refiere a los asesinos de la antigüedad que usaban la sicarii que es una espada corta que bien se podían ocultar entre la túnica para atacar a sus víctimas sobre todo en los días festivos en donde su crimen podía ser más impune puesto que atacaban de manera silenciosa pero asegurándose siempre de dar muerte a sus víctimas y huir entre la multitud

Ahora el mundo del narco utiliza a los adolescentes para sus fines y luego los deshecha. Según Martínez (2009) la vida promedio de un sicario en México es de 3 años. Trabajar para el narco es firmar la sentencia de la muerte propia que llegará con prontitud. "Una de las primeras cosas que compran con su cheque es un lugar en el panteón local aunque la gran mayoría a su muerte no será enterrado" (Rios, 2010) Cabe cuestionar ¿cómo se explica la inserción de los adolescentes y su participación a través de la violencia y la crueldad en esta guerra contra el narcotráfico? Estos adolescentes que se dedican a la matanza a cambio de un bien económico, ¿se cuestionan a caso sobre su propia muerte, sobre su propia vida?

Estos adolescentes han incursionado en la *guerra contra el narco* "gracias a que encontraron en la violencia una condición de socialización, que favoreció el arraigo y la creación de una identidad" (Cisneros, 2014: 9). Si el adolescente encontró en el mundo

del narco una identidad y un modo de socialización es justo porque de eso carecía. La carencia de una identidad es característica propia del periodo de la adolescencia.

Para Mannoní (2001) la adolescencia es un tiempo de crisis, que se acompaña de la vulnerabilidad y la inestabilidad extrema. “Crisis” como un momento decisivo en el que el adolescente tendrá que elegir su orientación, pero también es el momento decisivo en el que se juega entre la vida y la muerte, pues “la palabra crisis, en la medicina clásica designa al momento en el que la enfermedad va a decidirse entre la curación o la muerte” (Mannoni, 2001: 17). Así justo en el momento de la adolescencia el sujeto ha de descidir, y descide por apostarle a la muerte que es la única garantía en la vida, la única certeza, al insertarse al mundo del narco habitando el significante de sicario.

Para el adolescente sicario matar no es suficiente; el antes de la muerte y el después es lo que importa. El exceso de sufrimiento que se pueda infligir a otro antes de su muerte y lo que se haga con su cuerpo después de la muerte es lo que permite al sicario dar con lo ejemplar para sembrar el terror en los que perciben el acto atroz que este ha cometido con ensaña, pues con la muerte, con la forma de morir se pretende dejar una enseñanza y una advertencia a quienes la padecen, a quienes se duelen de ese que termina siendo eliminado como sujeto y reducido a cosa, borrado en su condición simbólica y enviado a la región del olvido ahí donde la forma de morir impera. Tal como lo expresa el testimonio de un *ex – sicario* (Drago) que Reyna (2011) recaba al narrar su testimonio y su vivencia en el mundo del narco:

“Lo único que sé hacer es matar... fui sicario y primer lugarteniente de un cártel mexicano dedicado al narcotráfico... dejé de ver a mi familia a los doce años de edad, cuando me hice malandro... a los quince años empecé a secuestrar... al principio mi trabajo consistía en matar y luego escalé a ser jefe de sicarios. No sé a cuántas personas maté, pero sin duda fueron las necesarias para mantener mi lugar dentro del cártel. Lo que más llegué a cobrar por una ejecución fueron cincuenta mil dólares. Los asesinatos comunes no se piensan, son enfriamientos sin premeditación, pero las ejecuciones estratégicas se planean durante mucho tiempo, con información recabada desde antes... No hay mucho pedo en cumplir con una ejecución a menos que se tengan órdenes específicas... a alguien a quien se le debe hacer sufrir, se le mata de una forma lenta y dolorosa. Su muerte debe servir de ejemplo a los demás miembros de la organización. (p. 22-23)... En palabras de elefante, la

muerte de un rival debía ser un mensaje contundente, por lo que muchas de esas ejecuciones incluso las grabábamos" (Reyna, 2011; 92).

Desde el testimonio de este sicario que se inicia justo en el momento de la adolescencia el mundo del narco le ofrece un "lugar" que tiene que sostener con la muerte de otros. Este *ex – sicario*, en medio de su relato narra cómo se veía en la necesidad de crear formas de tortura, que expresaban la crueldad en los límites de su expresión para ganarse el aprecio, el lugar que el jefe le designaría. Drago, mata por órdenes del jefe, pero el cómo lo hace es lo espeluznante ya que idea formas de morir que expresan lo más siniestro de su ser. Se esfuerza por agradar a su jefe con la forma de dar muerte a sus designados. La creación horrible de la forma de dar muerte nunca podría entenderse como una sublimación, ni como un arte puesto ante lo mortífero no hay velo, ni ilusión que enmascare el acto de crueldad de la muerte violenta.

Tener una muerte con violencia conduce al cambio, a la mutación que va de la cualidad a la cantidad de quien es muerto. El descuartizado, el torturado, el desaparecido, el baleado, todos ellos sucumben como sujetos simbólicos ante el poderío de la imposición del cómo murió mutando de la cualidad a la cantidad, formando parte de las estadísticas que no se interesan por las cualidades particulares de cada caso y se conforman con establecer la cantidad de muertos que ha dejado esta guerra.

De la muerte violenta, quien la impone se siente pleno, poseído por el poderío, por el poder sobre el otro indefenso. El adolescente sicario comete crueldad, tortura y sometimiento ante el otro que se ve puesto en el lugar de la víctima reduciendo a la víctima a calidad de objeto, anulando su función simbólica, callando, silenciando al otro como un acto de negarse (a sí mismo y ante el otro) como sujeto del lenguaje, tal como lo narra este *ex – sicario*:

"nunca me gustó decapitar, ni cortar en pedazos a la gente, prefería darles un balazo en la nuca: que todo pareciera un asalto. El remordimiento lo evité impidiendo que mis víctimas hablaran. Si los dejas hablar, vales verga. No hay que dejarlos hablar para no escuchar sus voces en la noche para poder olvidarlos" (Reyna, 2011:170)

Desde una mirada lacaniana la condición simbólica es lo que permite que el sujeto se defina como tal “un sujeto del lenguaje”. Solo ahí donde se silencia y se anula la condición simbólica aparece el acto. Se ha iniciado este ensayo recurriendo a la historia de México puesto que parece que el mexicano ha olvidado su historia, no la recuerda y si la recuerda es mediante un acto meramente repetitivo que no le permite elaboración alguna y que lo deja en medio de la repetición compulsiva en el acto de la matanza.

En 1914 Freud establece su texto sobre “Recordar, repetir y reelaborar” y establece la consigna de que todo aquello que no es recordado, sino que es olvidado y reprimido, se traspolo al acto; es decir que lo que no se reproduce como recuerdo, se reproduce como acción en la repetición. Y es en esta repetición como compulsión en la que se inserta el adolescente sicario con el dar muerte a muchos repitiendo y repitiendo algo que ha intentado ser desalojado de la conciencia y sin el poder de elaboración jamás. Ahora bien, ¿esta compulsión a la repetición puede ser gobernable, puede ser domeñada? Desde la clínica psicoanalítica “el principal recurso para domeñar la compulsión de repetición del paciente y transformarla en un motivo para el recordar, reside en el manejo de la transferencia” (Freud, 1914: 156).

El vínculo trasferencial es el principal recurso en la clínica para domeñar la compulsión de repetición del paciente, el vínculo trasferencial que se traduce en un vínculo “amoroso” de apego que es muestra de la importancia en que el paciente es sostenido por el analista. Un vínculo afectivo y efectivo para el paciente. Y es que el adolescente sicario no está sostenido por vínculos afectivos, su trabajo con la muerte no se los permite. “nuestras observaciones nos permiten afirmar que los jóvenes que cometen crímenes violentos son sujetos cuyo pasado es nebuloso, carente de sentido y de frágiles lazos de relación social, pues siempre han vivido en escenarios angustiosos” (Cisneros, 2014: 16).

Por tanto, el criminal, el asesino a sueldo carece de vínculos, sus afectos no están depositados en nada, en nadie. Narcicismo suicida que motiva al sujeto a dar muerte a otros a sangre fría, en una medida de desventaja. Matanza de otros que son desvalorizados en su calidad de vida. Vida despreciada e indiferente. El vacío los contiene pues no hay nada que perder ya que lo han perdido todo hasta el cuerpo: pues

se insertan en ese oficio justo en el momento de la adolescencia, cuando la sensación de pérdida se acentúa en mayor medida por todas las mutaciones que enfrentan. Pérdida que los a apostarle a la muerte, apostando la nada en que está el psiquismo puesto que no ha elaborado los duelos de su propio ser. No encuentran amor en ellos ni para ellos.

Freud (1920) en su “Más allá del principio de placer” establece que todo sujeto está gobernado por la pulsión de muerte que por las disposiciones psíquicas más las imposiciones (normas) sociales, tendrá que condescender al *deseo* en la vía regia de la ligazón amorosa. La pulsión de muerte es el motor que mueve al sujeto a insertarse en el mundo del *deseo* siempre a través del amor y su condición. Y se puede conjeturar que esa ligazón amorosa estuvo ausente desde la primera infancia.

Dolto (2006) observa que el niño que atraviesa por la educación del control sobre los esfínteres ve condicionado el amor de la madre que antes de este momento era incondicional. Con el curso de esta educación, el niño aprende a relacionarse con la madre amándola y siendo amado bajo esta condición. “Amar, entonces, implica una identificación de sí con el objeto de amor” (Dolto, 2006: 50).

El niño entonces se inserta en el juego del deseo a partir del principio de la vida, a partir del amor. Porque ahí es donde vemos que para conservar un equilibrio psíquico con que seguir viviendo el ser humano por estar dotado de la “función simbólica” interioriza el código y su relación con el otro, se ama a sí mismo como ama al otro, hay en él un deseo fundamental de volver a encontrar en sus percepciones algo que le recuerde la última relación de placer en el que su madre y él formaron uno por deseos acordes.

Insertarse en el arte del Deseo, siempre implica la participación del amor. Por tanto renunciar, cediendo a la pulsión mortífera implica ceder al goce para insertarse en el *deseo*.

El principio de vida puede provenir de la pulsión mortífera que se expresa en la crueldad y que versa por imposición cultura, se cambia por la ternura. Con el relato bíblico de “Caín y Abel” aparece la ley que establece como prohibición implícita matar, y que ordena esa modificación en el deseo de muerte: “amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Freud (1929-

1930) en su malestar en la cultura ya lo apuntaba al mencionar que este mandato se impone desde la cultura como una fuerza exterior que puede proliferar en vínculos afectivos de amor para cohesionar a sus miembros. La pulsión de muerte, el goce que lleva a esta compulsión a la repetición a través de las manifestaciones de la pulsión mortífera, no conoce otro límite que el de la vieja imposición original: “amarás a tu prójimo, como a ti mismo” ya que en el prójimo está constituido el propio yo (moi). “Me echo atrás ante el amar a mi prójimo como a mí mismo, en tanto sin duda en ese horizonte hay algo que participa no sé de qué intolerable crueldad” (Lacan, 1960: 240)

El amor siempre exige un velo, un engaño, que es necesario para que devenga la ilusión que evita que el psiquismo quede atrapado en lo crudo de lo *real* tan mortífero. Por tanto los adolescentes sicarios no han podido ceder su *goce* al *deseo* pues la “prohibición del goce es inherente a la estructura simbólica del lenguaje en virtud de lo cual el goce está prohibido para el que habla como tal. El goce es la senda hacia la muerte” (Evans, 1997: 103).

Lacan (1948) en su texto sobre “la agresividad en psicoanálisis” considera que la agresividad y un matiz de violencia son inherentes a la vida del humano, es una violencia que funda que estructura que organiza. La dificultad se presenta cuando esta violencia se presenta como un situación que desgarrar, que desestructura, que destruye sin que tenga posibilidades de creación. En esa violencia es en la que el adolescente sicario está inmerso. Viviendo en lo *real* del dolor, del sufrimiento que no estructura, que más bien desorganiza al psiquismo y lo deja en la nada. Vive un desprecio por la vida.

Concluyendo

El adolescente sicario se dedica a matar, su trabajo es matar por encargo de otros, personifica el cumplimiento del deseo de otros sin siquiera cuestionarse sobre su propio deseo. Comete el acto criminal con feroz crueldad porque se lo ordenaron. Queda atrapado en el habitar el significante “sicario” recurriendo de manera compulsiva a la matanza, ni elaboración alguna, pues él mismo se anula como sujeto del lenguaje al callar, pretender llevar al olvido cada uno de sus actos que son la expresión del deseo de otro y de Otro que impera “Goce”. Concibe la vida como un objeto mercantilista que se

puede comprar y se puede vender. El valor del dinero está por encima del valor de la vida misma. Para el adolescente sicario la vida, su vida y la de otros, y por lo tanto, la muerte, su muerte y la de otros, cobra un valor monetario. Dinero a cambio de la vida de otros. Es la sin-ética de la crueldad y de la expresión de la pulsión de muerte.

REFERENCIAS

CISNEROS, J. (2014). Niños y jóvenes sicarios. *El cotidiano*. Vol 186. P.p 7-18.

DOLTO, F. (2006). *En el juego del deseo*. México: Siglo XXI.

EVANS, D. (1997). Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. Buenos Aires: Paidós.

FREUD, S. (1914/2006). Recordar, repetir, reelaborar. En *Obras completas*. Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.

_____ (1915/2006). De guerra y muerte. Temas de actualidad. En *Obras completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

_____ (1920/2006). Más allá del principio de placer. En *Obras completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.

_____ (1929-1930/2006). El malestar en la cultura. En *Obras completas*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.

JIMENEZ, J. (1955). *Caminos de Guanajuato*. Canción popular.

LACAN, J. (1949/2011). La agresividad en psicoanálisis. En *Escritos 1*. México: Siglo XXI.

_____ (1960/ 2007). El goce de la transgresión. En *el Seminario 7 La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

MANNONI, O. (2001). La crisis de la adolescencia. Buenos Aires: Gedisa.

MARTÍNEZ, V. (2009). ¿Por qué matar es tan barato en México? Recuperado de:
http://www.gov.harvard.edu/files/uploads/Rios_EstePais_DealersS.pdf

REYNA, J. (2011). Confesión de un sicario. El testimonio de Drago, lugarteniente de un cártel mexicano. México. Grijalbo.